

## Mi amigo José Luis Miranda

Juan J. Rodríguez Jiménez

Tuve el placer de conocer personalmente a José Luis Miranda hace ya un tercio de siglo, cuando yo andaba por la Universidad de Málaga. Hasta aquel primer encuentro mis referencias eran las de un científico de buen nombre en el campo de la química del carbón, adscrito al Instituto del CSIC del mismo nombre, Carboquímica, con sede en Zaragoza. Quienes me hablaron de él ponderaban la humildad y el laborioso empeño como señas de su ejecutoria profesional. Pude constatar esas y otras virtudes a lo largo de los años en los que fuimos conociéndonos.

Nuestro primer encuentro se produjo con motivo de la asamblea general convocada para la constitución del Grupo Español del Carbón, nuestro querido GEC. Era tal que un 9 de noviembre de 1990 y presidía el honorable José Luis Miranda, que dicen en las películas americanas como prolegómeno de un juicio. Fue en Zaragoza, su ciudad, que para eso era el presidente, y aprovechando el marco de Energética-90, precisamente una conferencia (la 10ª) sobre planificación, ahorro, alternativas energéticas y utilización del carbón, por entonces todavía un noble recurso sin las actuales cautelas. Justamente planificando para la ocasión trabajó José Luis con un grupo de pioneros y la generosa voluntad que le caracterizaba. Cumplido el objetivo de constituir el grupo, cedió el testigo al que fue primer presidente del GEC, Francisco Rodríguez Reinoso, nuestro recordado Paco, que, como los que le han seguido en el cargo, realizó una excelente labor. En aquella reunión, donde no todo fueron discursos versallescos ni opiniones coincidentes, me impresionó la serena y discreta eficacia de José Luis para encauzar la discusión hacia la meta de la que a partir de ahí todos disfrutamos. Fue mi primera evidencia de una nota peculiar de su carácter, la renuncia al protagonismo como impulso natural. Me interesó sobremanera su personalidad y desde entonces busqué la oportunidad de coincidir cuando la ocasión se presentaba.

Así, en mis frecuentes viajes a Zaragoza, con motivo de participaciones en tribunales de oposición, tesis doctorales o comisiones de evaluación científica, si no coincidíamos en el evento y el tiempo lo permitía, lo llamaba para echar un rato de conversación al amparo de un buen cariñena. A pesar de su conocido apego familiar, nunca me negó un paseo con las correspondientes paradas de avituallamiento, en las que costaba mucho convencerle de que yo también podía pagar de vez en cuando. Pero el verdadero deleite de aquellos ratos era la conversación. Yo hablaba más, pero lo que él decía era, en general, más interesante. La discreción es rara virtud, patrimonio de unos cuantos elegidos; José Luis era uno de ellos. Compartíamos gustos en distintas facetas, al margen de lo estrictamente profesional, como la música clásica y la lectura, pero lo suyo era especial, un bagaje cultural impresionante. De

fútbol tampoco andaba mal y, así, su Zaragoza y mi Atleti protagonizaban también momentos estelares de nuestras charlas. Más de una vez comentamos el día que ardió París con el gol de Nayim desde la esquina derecha del centro del campo, en el último balón de aquella memorable final de la Recopa, en la que el Zaragoza se cargó nada menos que a todo un Arsenal. Con los años empezaron a soplar peores vientos para el equipo, pero él mantenía la moral alta. Consciente desde el primer momento de mi pasión colchonera, siempre terminaba sacando a la palestra al Atleti, tanto para felicitar me como para aliviar mis disgustos. Todavía recuerdo sus esfuerzos por paliar los estragos anímicos que me produjeron las dos finales de Champions de infausto recuerdo. Y nunca me faltó su llamada de felicitación por un título. Cuando la primera liga que ganamos con el Cholo me pilló en Neptuno, en medio del bullicio, pero pude oír su enhorabuena y percibir la satisfacción con que me la daba. Otro de tantos detalles suyos que nunca olvidaré. Tengo para mí que, en lo tocante al Atleti, además de su interés como amigo, no debió ser poca la salutífera influencia de su cuñado Venancio, atlético de pro. Pasando los años, fuimos hablando cada vez más de los nietos, con el entusiasmo propio de dos abuelos orgullosos, pero sin el más mínimo atisbo de rivalidad.

Nos unía también el sentimiento aragonés. El suyo venía de nacimiento y el mío de adopción por línea materna. Con su natural tendencia a escuchar, le gustaba tirarme de la lengua sobre mis andanzas por una tierra que era más suya que mía. Y así le fui contando mis aventuras por los pueblos donde pasé los mejores veranos desde mi infancia a mi juventud, Cervera, Sestrica, Calatayud.... Me parece ver todavía su gesto de admiración cuando le conté de mi primera comunión, en Cervera de la Cañada, el pueblo de mi madre, vestido ni más ni menos que con los ropajes de infante del Pilar, el mismo día que un tío-abuelo, de Paracuellos de Jiloca, se empeñó en enseñarme a beber en porrón, a hurtadillas de mis padres, naturalmente. Aquella historia me la recordó hasta el último día que nos vimos. Una prueba más de su interés por las cosas de sus amigos.

José Luis Miranda puso su inestimable impulso transformador al servicio del Instituto de Carboquímica, que, como tantos otros del país, vivió un fructífero proceso de cambio hasta situarse en la excelente posición que hoy ocupa. José Luis aportó su iniciativa y su esfuerzo pionero en ese proceso, trayendo de su estancia en Pittsburgh, a mediados de los 70, la experiencia adquirida sobre gasificación de carbón en lecho fluidizado a presión, tema de la primera tesis doctoral que dirigió. Esto representó un envite fundamental de cara a la evolución del Instituto hacia temas de contenido tecnológico que enriquecieron su propuesta investigadora. Particularmente, tengo que agradecerle, en nuestra

relación profesional, su generosa invitación a participar en un proyecto europeo que él lideró y que constituyó una fructífera experiencia de colaboración científica durante la etapa final de mi estancia en la Universidad de Málaga. Todo un placer.

Guardo para siempre el último abrazo, casi eterno, que nos dimos, precisamente en la celebración del 25 aniversario de la fundación del GEC que él promovió. Los dos con dificultad para articular palabra, cuando ya le oprimía la tristeza, negra compañera desde la muerte de su querida Mari Carmen. Un estado de ánimo que batía su naturaleza de hombre bueno, alternando con los momentos de alegría que le deparaban sus nietos.

José Luis Miranda, un científico serio, un gran hombre, como su corazón. Descanse en la paz que él siempre inspiraba.